

sion; con la cual aprovecho la oportunidad para suscribirme de ustedes con sentimientos de respeto y distinguida consideracion personal.

Su atento estimador

IGNACIO GÓMEZ.

FABULA.

EL ALANO Y SU AMO.

Desconociendo á su amo, un fino Alano
Un día le ladraba enfurecido:
El amo que lo advierte sorprendido
Se acerca á acariciarlo con la mano.

Inútil diligencia, arbitrio vano;
El perro continúa su ladrido.
"Será hambre, dice el amo enternecido,
O será que mi perro no está sano?"

Vamos á ver"; y pone ante el hambriento
Alano una asadura de carnero:
Este calla, y la engulle muy contento.

Así es Gorgonio: grita vocinglero
Contra el Gobierno: se le da un empleo.
Y olvida de gritar hasta el deseo.

JOSÉ MARÍA SANCHEZ BARRA.

CONSIDERACIONES

sobre la naturaleza, por Virey.

¿No descubrimos iguales relaciones entre cada sér organizado y las sustancias que lo rodean? Las raíces están evidentemente formadas para chupar los jugos de la tierra; las hojas para exhalar y aspirar gases; los pistilos para embeber el pólen, los estambres para producirle y lanzarle. En los animales la boca, los dientes, los ojos, las orejas, el estómago, están en tan exacta y tan necesaria relacion con las necesidades de cada sér, que no pudieran trasladarse á otro alguno sin un completo trastorno de toda su constitucion. Todo está ligado entre sí, cada parte necesita las otras. ¿Pudo el acaso construir dos máquinas con tan perfecta correspondencia, que de su comercio resultasen otras máquinas de la misma especie? ¿Pudo el acaso repetir este prodigio en tantas y tan variadas especies de animales y plantas? ¿Y qué diremos de los instintos? ¿De quién aprendieron el castor, la hormiga y la abeja la sabia política de sus repúblicas? ¿De quién aprendió la hormiga-león á escavar su tolda en la

arena para sorprender en ella su presa? ¿De quién la perdid contralacer la corva, y esponer su propia vida para sustraer sus polluelos á la persecucion del cazador? ¿Quién enseñó al cocodrilo, abandonado de sus padres desde ántes de salir del huevo, el modo de espiar á los otros animales, inmóvil y cubierto de cieno, como un tronco podrido? Las maniobras del menor insecto son tan hábiles desde su nacimiento como las de los individuos que le dieron el sér; la estructura y desarrollo de un hongo bastan para confundir al filósofo, y para convencerle de la existencia de una causa infinitamente sabia y poderosa. ¿Qué débil es el entendimiento humano, si un gusanillo le abruma! Pero no basta contar todos los músculos y los nervios de un animal, ni pararnos en los resultados exteriores de la mecánica viviente. ¿Quién nos revelará los misterios de la vida de una sola fibra? ¿Cómo es capaz la materia de sentir dolor? ¿Cómo puede la volicion mover el brazo? ¿Quién transforma este pan en una carne animada y sensible? ¿Qué sustancia es aquella que en el animal quiere, obra, escoge, resuelve? ¿De dónde emana este sentimiento ciego, este impetuoso instinto de amor, que se enciende en todo lo que respira? ¿Qué es el arcano impenetrable de la generacion? Estas maravillas se renuevan cada instante á nuestra vista; la costumbre de verlas es lo que nos hace indiferentes á ellas.

Quando los astrónomos nos muestran en el telescopio los soles lejanos y la inmensidad de los cielos, quedamos estupefactos y pasmados, como si viésemos á Dios mismo en la magnificencia de sus obras. Pero si el naturalista, valido del microscopio, nos hace bajar á otro universo no ménos admirable por su pequeñez que el primero por su grandeza, nos hallamos como suspensos entre dos abismos de lo máximo y lo mínimo, de extension casi infinita y de exiguidad apenas perceptible. Huighens y Newton prueban la existencia de Dios con soles y mundos; Swammerdam y Réaumur la demuestran en los mosquitos y gusanillos. Intérense en el templo de la naturaleza los que niegan una Providencia eterna, y la verán volar sobre la produccion y la vida del más sutil insecto, no ménos que sobre la carrera de los astros. ¿Qué mezquino concepto tenían, pues, del Ente Supremo aquellos filósofos que no querian se ocupase en desenvolver los pétalos de una flor ó el ala de una mariposa, suponiendo que tales cuidados eran indignos de un Dios! No

era esto representarse la Divinidad como un Rey mortal, que no pudiendo verlo y abrazarlo todo por sí mismo, distribuye sus órdenes á sus ministros; y abandona las menudencias del gobierno á mil agentes subalternos, mientras él, encerrado en los oscuros retretes de su palacio, sólo piensa en disfrutar un ocio exento de toda molestia? Pero la Omnipotencia llena el universo, y su influjo no es mayor sobre un sol que sobre el más menudo grano de arena. Respecto del Sér universal, no hay grandeza ni pequenez absoluta; el espíritu de vida colma todos los espacios como todos los tiempos.

Más la naturaleza nos ofrece aún otros espectáculos. Veamos cómo las edades se siguen unas á otras, tendiéndose la mano. La infancia, acompañada de traviesos juegos y de gracias inocentes, camina ante la juventud; ésta, ardiente, presuntuosa, ataviada de belleza y de amor, se precipita en pos del placer; succédele la edad madura, llena de prudencia, de prevision y de inquietud cuidadosa; la vejez, en fin, encorvada bajo los años, se arrastra tristemente y con mano trémula va á tocar á las puertas de la muerte, y á pedirle un refugio seguro. Allí acaba la gran procesion de la vida. En vano apartamos la vista de esta triste perspectiva de la existencia, que nos descubre á lo léjos un sepulcro. Todos somos viajeros sobre la tierra: los hombres, los huéspedes de la selva, los habitantes del aire, las flores del campo. Algun día es menester que restituyamos nuestro cuerpo á los elementos, desechándole como un viejo ropaje, y que nuestra alma vuelva á la Divinidad de que emana.

La muerte es, por decirlo así, una lima sorda y oculta, una pausa de la naturaleza fatigada, un sueño aparente de la materia. La naturaleza animada es un torbellino inmenso, en que la materia organizada circula sin cesar, y no sube á la cumbre de la vida sino para bajar otra vez al profundo de la muerte; porque no sólo es esta el resultado necesario de aquella, sino su cuna, su apoyo y sustento. Las máquinas organizadas no pueden repararse sino con fragmentos de órganos. Los animales que devoramos se transforman en nuestra propia carne; cuando muramos nosotros nuestro cuerpo suministrará alimento á otros entes. Somos inmolados á las generaciones futuras como las generaciones pasadas lo fueron á nosotros, pues estamos compuestos de sus despojos.

La multiplicacion de los entes supone

pues su destruccion; ambas entraron en el plan de la naturaleza. Si nada hubiese limitado la fecundidad en el pez ó en el insecto, que pulula por millares, ó en el árbol ó la yerba, que derraman con tanta prodigalidad su semilla, el globo se vería pronto repleto de criaturas que no podrían vivir, porque no podrían destruirse mutuamente para alimentarse unas á otras. Así, cuanto más débil y perecedero es un sér, más fecundo lo ha hecho la naturaleza; tales son los animalejos y yerbezuelas que hollamos, y que en el sistema del mundo están destinados para pasto diario de las especies robustas. De este modo se estableció una jerarquia natural entre todos los seres vivientes.

La tierra ó suelo es la comun matriz de que han germinado todas las producciones vegetales y sensitivas. Los hongos, algas, líquenes y musgos son como la poblacion primitiva, los coironos que preparan el terreno; vienen luego las plantas cereales, comparables á los labradores, y tras éstas las yerbas de flores brillantes, las liláceas, las labiadas, las jazmincas; sucesivamente se elevan los árboles, nobleza orgullosa, magnates del reino vegetal; y en medio de éstos descuellan las altas cabezas de las palmas, coronadas de hojas y de racimos, como príncesas y reinas de las innumerables naciones de plantas y de flores. Los animales herbívoros, apareciendo ahora, refrenan la lozanía y exhuberancia vegetal; unos desentieran las raíces, otros se regalan con los cogollos y hojas; los más delicados se mantienen de la fruta y semilla. El reino de las flores, indefenso y mudo, hubiera sido talado por un número incalculable de legiones devastadoras, si la naturaleza no hubiera criado á los animales carnívoros, para comprimir la superabundancia de los herbívoros. Mas á su vez aquellos pacíficos habitantes del campo hubieran sido exterminados por las tribus sanguinarias, si el hombre no viniese el último de todos á establecer el equilibrio general, atacando sucesivamente á cada una de las especies superabundantes y dañinas. En efecto, vivimos igualmente de animales y vegetales; destruimos á los crueles carnívoros por rivalidad, y hacemos gravitar la destruccion sobre las plantas y sobre los animales que se nutren de éstas, los cuales aventajan en fecundidad á los otros. Pero tal vez la naturaleza hubiera tenido que arrepentirse de su indulgencia, dejando crecer sin límites nuestra supremacía en detrimento de las demás especies. Tal vez las hambres y las